

curro  
cañete  
leyva  
bajo el cielo  
de madrid



CRÓNICA SOCIAL



¿Dónde estará?, ¿dónde estará **Alberto Amman**? Me preguntaba yo, al tiempo que abría mucho los ojos y escudriñaba entre la multitud que invadía el enorme Palacio de Congresos madrileño. «Es encantador, encantador, tiene novia y están esperando un hijo. Viven en un piso de Tirso de Molina», me dice un compañero que, afortunado, pasó con él la tarde de la víspera. Eran los Premios José María Forqué y, aunque aparecieron **Daniel Monzón, Luiz Tosar y Carlos Bardem** (quien, por cierto, responde amablemente hasta que se le pregunta por su hermano, momento en el que su semblante torna serio y distante), triunfadores absolutos de la gala, a Alberto, ese actor de 31 años que llegó a Madrid procedente de Córdoba (Argentina) y que comenzó a trabajar como camarero hasta que, oh milagro, se le cruzó Daniel Monzón, no le vimos. Y yo, que quería felicitarle en persona (por su película y por su suerte), no pude hacerlo porque, como digo, el chico, no apareció. «No me importa, los Goya están a la vuelta de la esquina», me consolé. Y felicité a Luis Tosar, el actor de las cejas más pobladas del cine español, que se hizo -mercidamente- con el premio al mejor actor, y a Daniel Monzón, que le entró la risa (la risa propia de los que se saben elegidos) en el momento de recoger el premio a *Celda 211*. Y a **Lola Dueñas**, que lo merece todo por su maravillosa interpretación en *Yo también*. Y, bueno, no pudimos hablar con Alberto Amman, pero sí con **Fernando Andina**, que, a decir verdad y al menos en lo que a imponente físico se refiere, no tiene nada que envidiarle al primero. El actor, que se hizo famoso en *Al salir de clase* y que se consagró con *El Comisario*, tomaba una cañita antes de que comenzara la gala en el bar de enfrente del Palacio, un bar en el que también se encontraba **Alejandro Tous**, que deshacía en carantoñas y sonrisitas a su novia, la actriz **Ruth Núñez** (ya saben: surgió el amor en *Yo soy Bea*, y desde entonces). Ni el uno ni el otro se encuentran demasiado contentos ante la inesperada decisión de Telecinco, que ha roto el contrato que ya tenía firmado con una serie protagonizada por ambos actores.

El caso es que los José María Forqué son unos premios que concede Egeda y que pretenden promocionar ¿nuestro cine? Sí, sí, nuestro cine, aunque según qué cosas resulten difíciles de entender. Y no porque los presentara **Mar Flores** (junto a **Álex O'Dogherty**), que fue ya motivo por el que más de uno y más de dos pusieron el grito en el cielo. La mujer de **Javier Merino** (quien, por cierto, también andaba por allí), tantos años señalada por el dedo acusador más agresivo de la prensa del corazón, también merece alegrías profesionales y, a decir verdad, no lo hizo mal, amén de que sus vestidos (varios a lo largo de la gala, tan mínimos que mostraban casi en su totalidad esas piernas larguísimas con las que la dotaron los genes) causaron sonoros halagos entre el público asistente. Me refería a que el acto comenzó con la proyección de un corto imposible y futurista que



parecía más digno de una gala de tercera división yanqui que de otra de cine español. Y ello por no hablar de las *performances* dignas de la fiesta Space de fin de año o de los insufribles números cómicos que no lograron arrancar ni una sola sonrisa o de los shows musicales basados en canciones de **Michael Jackson!** En fin... Lo mejor de todo: las señoras que perseguían a Mar Flores en la fiesta *post acto* para hacerse fotos con ella y pedirle autógrafos. Yo soy, lo reconozco, fan de esas señoras.

Más aún lo soy de **Morgan Freeman**. El actor había estado la noche anterior sentado en una butaca del Luchana, cine en el que tuvo lugar el pre-estreno de *Invictus*, esa película de **Clint Eastwood** que se basa en *El Factor Humano* (Seix Barral), el recomendable libro de **John Carlin** que, como explica su autor, cuenta la historia de «un país cuya mayoría negra debería haber exigido a gritos la venganza y, sin embargo, siguiendo el ejemplo de **Nelson Mandela**, dio al mundo una lección de inteligencia y capacidad de perdonar». ¿Qué decir de Morgan Freeman? Pues que fue un verdadero lujo tenerle y escucharle a tan corta distancia; que tiene una sonrisa tan mágica como la de un sabio inteligente y bondadoso; que su sola presencia resulta hipnotizadora. Como Mandela (de hecho, en la película es su viva imagen), es un seductor nato que se metió en el bolsillo en medio segundo a todos los periodistas que le tratamos en Madrid. También es un bromista: «No le soporto, de verdad. Es demasiado eficiente, trabaja demasiado rápido, es demasiado perfecto para mí», dijo, refiriéndose a Eastwood, entre risas que eviden-



MAR FLORES, TANTOS AÑOS SEÑALADA POR EL DEDO ACUSADOR MÁS AGRESIVO DE LA PRENSA DEL CORAZÓN, TAMBIÉN MERECE ALEGRÍAS PROFESIONALES

MORGAN FREEMAN TIENE UNA SONRISA TAN MÁGICA COMO LA DE UN SABIO INTELIGENTE Y BONDADOSO. SU SOLA PRESENCIA RESULTA HIPNOTIZADORA

ciaban que se trataba de una broma. «Qué va, es el director perfecto», aclaró después (por si acaso). Su visita a nuestro país fue, sin duda, lo más destacado de la semana. Y ya sabe, fiel lector, cuál es la conclusión que podemos extraer de la crónica de hoy: si Nelson Mandela logró seducir a los más fervientes defensores del *apartheid* de su país, y Mar Flores ha presentado una gala importante de cine, usted y yo podremos conseguir lo que nos propongamos.